

Juan Marinello

## José Martí, artista



L hombre artista.—En el camino hacia José Martí se alzarán siempre un gran obstáculo, su unidad. Desde todos los ángulos, se le ve el corazón a este hombre. La claridad que nos descubre su presencia es la misma que nos entregara su intimidad. No hay acto suyo sin la marca amorosa. Por esto, el artista no es en él hombre distinto del político, del meditador, del apóstol. El arte no puede ser para Martí sino ejercicio de humanidad. Su prosa y su verso son los cauces de una energía bienhechora. Su pensamiento es siempre un intento de exaltar «lo mejor del hombre». Su obra de artista se integra de vaciar en una forma leal un aliento transido de irreductible, de fatal sinceridad.

No ambicionó Martí el oficio de escritor. Si por mí fuera, dijo una vez, no haría más carrera que la de hombre. Y Martí—nadie lo duda ya—es el primer escritor hispánico del Continente. Prueba plenísima de que el estilo es también cosa de adentro y de que la grandeza permanente viene en el artista de desnudar su

fuerza. El gran poder recóndito que anda en Martí trae a flote al mostrarse, el color de su brío. Las cosas quedan teñidas de ese color, sumisas a la virtud moldeadora, transformadas en su sentido. Otros escritores como don Juan Montalvo tienen garra poderosa en América, pero entre la garra y las cosas se levanta aisladora la palabra con su genealogía venerable y su perfidia eufónica. Martí, caso de excepción, se sabe hondamente su palabra española, pero nunca la deja de la brida. O la traduce con fidelidad plena su latido íntimo de hombre o queda ahogada en la matriz.

Pero, ni los hombres del tamaño de este libertador sin ira viven sólo de sus jugos nutricios. Precisan del contacto con la circunstancia para traducirse en ella. El escritor de oficio se hace los contactos con lo externo, se amarra a los rumbos del estilo para no desorientarse en sí mismo, para no quedar solo, temblando frente a su impotencia. Lo de afuera le tiñe el modo—y la moda—de la obra. En los hombres escritores como José Martí la paternidad del libro no es distinta de la del hijo, la fuerza creadora se viste para encarnar, para ser en la conciencia de todos. El hijo trae en los ojos la claridad que justifica su cuerpo. La palabra, la luz del engendro. No importa si algunos quedan deslumbrados del brillo inusitado de la palabra martiana. Los más descubrirán bajo ella la carne caliente, el músculo elástico, contraído, cargado de posibilidades soberanas.

Lo romántico.—En la pugna inacabable entre el don artístico que pide caminos y la apetencia de vol-

carce en los hombres decide Martí, fiel a su destino romántico, por el servicio de los hombres. Este romanticismo esencial de su conducta, de su vida, da el rumbo definitivo de su obra literaria. Pero no dice esto que se encuentren en Martí las notas que encuadran—aprisionándolo— a los escritores de la escuela de Víctor Hugo y de Vigny. Martí no puede jurar fidelidad a una bandera literaria, entregada, desde que tiene conciencia de sí, a una fidelidad más alta. Pero la fisonomía ingénita de su mensaje, como la postura incambiable de su espíritu, muestra las líneas matrices de lo romántico, esas líneas que traspasan—y redimen—la limitación que es siempre un proselitismo escolar. No están en Martí ni la pasión sin caminos ni el lamento desolado, ni la desesperanzada angustia, ni la irrefragable extranjería, ni la personalidad desorbitada. Pero están presentes en su verso y en su prosa la profunda afirmación vital, la fe en el mejoramiento del hombre, el culto a la naturaleza y a su poder redentor, la exaltación caballeresca de lo femenino y el amor fervoroso de la libertad. A tal punto son entrañables estas direcciones románticas de su obra y de su acción que el momento que América vive, cuando él llega, más parece proyección de su mente que realidad que lo pervade y modifica. En lo fundamental Martí coincide con su tiempo americano. Como su tiempo, fía en cegar las llagas abisales del mundo por la liberación progresiva del espíritu. Predica un evangelio en que el dolor es la vida purgativa y la ruta de salvación. Quiere inquietar en cada hombre una gran sed de cla-



ridad moral. Y organiza y desencadena un movimiento político alimentado por las esperanzas demoliberales que encendió Juan Jacobo. El instante que sufre su tierra, desangrada por el hierro español, agrava en él la postura romántica: al ideario impulsor se suma el gesto consonante. Es el profeta de un mañana en que los hombres conjugarán su decoro y su interés sin menzugas excluyentes. Es el héroe a caballo que acerca ese mañana. Escribe como profeta y como héroe, sin saberlo nunca. Su pluma batalla del alba a la noche como espada de aladid romántico, por cortar alguna cadena opresora. La esclavitud de los hombres es la gran pena del mundo—exclama.—Y a romper esa pena, en combate abierto marcha su palabra. Fué como ha dicho Ventura García Calderón, el último santo de la libertad.

Hombre de calientes entusiasmos y de curiosidad insaciable, se entra por su pie en todas las interrogaciones centrales de su día y enseña sin cendales las tempestades violentas y armoniosas de su pecho. Todo queda expresado con igual temblor ascendente y con el mismo deseo de ser sincero y útil. No lo guían los libros ni los hechos, sino su sed de usarlos como experiencia a superar. No se busque en Martí el pensador de trayectoria estricta amarrado a un sistema prestado u original, ni al poeta preocupado de realizar insuperablemente un credo estético. El apasionamiento candoroso—los apasionados son los primogénitos del mundo, decía—lo vuelve carne del criterio que sustenta y sol-

•  
dado y mártir de la justicia que defiende. Imantado por una meta lejana, se detiene brevemente, contradictorio, en cada peripecia de humanidad y de belleza. Parece en ocasiones que pierde el camino penetrado por el reclamo de los bordes fragantes. Es, visto en el detalle intrascendente, contradictorio en su unidad, como la naturaleza. Y como la naturaleza, no deja morir el ansia de realización vital en que confluyen sus contradicciones.

Lo clásico.—Hijo de su momento, pero con la impaciencia punzadora de superarlo y el don genial de vislumbrar el tiempo futuro, desconcierta que la obra de José Martí esté tan cargada de las esencias clásicas de España. Las huellas de los más grandes artistas del Siglo de Oro español están patentes en su poema y en su ensayo. Santa Teresa, Góngora y Gracián enseñan en cada línea su llama retorcida. Y Quevedo, «que ahondó tanto en lo que venía que los que hoy vivimos con su lengua hablamos». ¿Cómo revolucionario tan cabal, hombre tan en futuro, se alimenta de formas superadas?

Fué Martí estudioso infatigable y frecuentador febril de todas las culturas. A los viejos maestros de Castilla ofrendó largas horas de íntimo trato. No más, de seguro, que las que vertió en clásicos franceses, ingleses y alemanes. Pero, hijo de dos españoles, Martí es un espíritu raigalmente hispánico. En Shakespeare, en Dante, en Montaigne, devociones nunca negadas, se abre su emoción de artista. En los españoles místicos y batalladores, se estremece su raíz batalladora y mística.

La identidad subterránea, hecha de fieros encontronazos, de peleas en que se cambia sangre de las mutuas heridas, cuaja en el modo de expresión. Tiene Martí el amor militante como Santa Teresa y sufre el impulso gracianesco de sacarse lo profundo en palabras breves. Cuando va a decir su deseo de morir incendiado en su fe le sale el sabor teresiano. Cuando quiere mostrar apresuradamente, en las urgencias de la lucha, los cuatro costados relucientes de su verdad política, las razones se estorban de llenura como en Baltasar Gracián. Cuando intenta la sentencia grave y aguda, a un tiempo se le ve el trasunto quevediano. Martí aprendió en Las Moradas, en El Héroe y en la Política la pasión española que llevaba dentro y aprendió también, para siempre, el modo español de darle cuerpo y camino—gravidez y ala.—Si como Rubén Darío se hubiera detenido Martí en hacerse un instrumento, una marca artística exclusiva y distinta, hubiera lucido menos su obra las gracias arcaicas de lo español. Ya sabemos que no pudo demorar su tiempo presuroso en tareas adjetivas. Obsedido en su amor por el hombre—se le empequeñece cuando se le ve sólo en su redención cubana—vistió su anhelo el ropaje que encontró más familiar y cercano.

Lo nuevo.—Pero quede bien delimitado el españolismo cordial e idiomático de Martí. Es española su alma enfebrecida, es español el olor a sangre, a hueso y a carne de su misticismo, no la proyección des-  
embarazada de su apetencia ni el acogimiento entusias-



mado de la inquietud nueva. La palabra recoge el brío racial, no las duras limitaciones de ese brío. Cuando lo español es, como en Bartolomé de las Casas, combate arcargélico contra todo y contra todos, queda Martí inmerso plenamente en lo español. Cuando España es el mando injusto, la tradición anquilosadora y la represión inhumana, Martí batalla contra España con el ardor que de ella le viene.

Martí, apenas hay que decirlo, no sería gran artista ni escritor grande si no diera a su pensamiento un sello propio, inconfundible—martiano—y si no animara de sentidos inéditos su palabra española. Así como su idealismo democrático está enriquecido de preocupación económica y su fe estoica va añadida de trascendentalismo y su exaltación cálida del héroe («... pero hay hombres que no se cansan cuando su pueblo se cansa...»), no le estorba la adivinación del destino director de la masa productora, así como Martí trasciende su propia postura—al punto de hacer provisional y vacilante toda filiación filosófica de su pensamiento—así, sin perder el eco hispánico que estaba en él, construyó al paso un idioma de entonación personalísima que anuncia en sus mejores aciertos la forma literaria americana que se integra a su muerte y hasta las audacias que quieren triunfar ahora.

Martí es tenido generalmente, con el cubano Julián del Casal, el mexicano Gutiérrez Nájera y el colombiano José Asunción Silva, como precursor del modernismo, la corriente literaria hispanoamericana que cul-

minó y alumbró en Rubén Darío. Esta atribución no substanciada cumplidamente, ha de entenderse con mucha reserva y en un sentido muy parcial. Casal, Gutiérrez y Silva son atormentados, incomprensidos, casos eminentes de «maladie du siècle». La vida es carga insoportable para sus hombros afiladamente aristocráticos. Los tres hacen del oficio poético una religión exclusiva, captadora y maldita. El ruido doloroso del mundo discurre lejos de sus torres solitarias. La mujer no es para ellos fuente de vida sino vaso de aguas traidoras. La muerte es final de la ignominia de vivir. Martí ahoga sus penas hondas en el desasosiego gozoso de su empeño apostólico; el poeta es para él un sacerdote de verdades activas; la mujer, culto blanco y emocionado, la muerte—digámoslo con su palabra—júbilo, reanudación y tarea nueva. El tránsito terreno es para Casal, Silva y Gutiérrez Nájera castigo sin tamaño. Para José Martí, camino de perfección, sacrificio duro y amable y oportunidad de grandeza.

Aun con esta oposición fundamental, se advierte el parentesco entre la obra literaria de Martí y lo mejor del Modernismo. Regino Boti ha consumido desvelos en señalar la similitud indudable entre poemas de Martí y de Darío. Pero no es nunca, anótese, una semejanza de proselitismo consabido, sino una coincidencia de fuerzas empujadas por los mismos impulsos y enardecidas por obstáculos idénticos. Una cultura de radio universal y en buena parte francesa ofrece a Darío y a Martí



posibilidad de amplio movimiento y de orquestación nueva de sus sonos hispánicos. La riqueza de temas, mirajes e inquietudes que esa cultura franquea asombra si se recuerda a los predecesores y contemporáneos. Una elegancia cosmopolita ennoblece los viejos giros, un vuelo desconocido los acentos tradicionales. En Darío la nueva potencia se echa en brazos de una sensualidad de costados armoniosos; en Martí se lanza en los lazos de una ternura de padre ansioso y de amante arrojado. El comentario periodístico a que los empujó la pobreza, cobra en ambos una vitalidad y un alcance inusitados: el gran periodismo de hoy, ese de muchas pupilas y ancha base informativa, está ya en ellos. La crítica literaria gana en ambos imperios vírgenes. La interpretación de la obra juzgada luce en Darío una agudeza no advertida hasta él que desconcierta, si se mira la distancia de formación y de ambiente que lo aleja de sus insignes criticados. En Martí una comprensión profunda, carnal, unísona, que desconoce el Madrid de entonces. Goya, Walt Withman y Wilde dejan en las manos del libertador cubano la entrada magistral que ahora le están descubriendo los perspicaces.

La renovación de médula y técnica del Modernismo está en Martí en lo que no es nuevo preciosismo, narcisismo sensual, gracia decadente y francesismo literal. Y la negación de lo romántico huero, el ansia universalista, la gracia de París, el recuerdo de Grecia y la captación libre y directa del ritmo cercano—buenas

notas modernistas—están realizados en Martí por el modo personal inesperado. Ya Gabriela Mistral con su ojo caliente y adivinador, advirtió que en la prosa de Martí el tono es lo dominante, lo inconfundible, lo impar. Cierto. El estilo—en lo que tiene de tradición de futuro—queda aprisionado en los registros de la voz magna. El tono de Martí es, en efecto, su verdadera y fuerte originalidad de artista. Está dicho con esto que si Martí alcanza alto nivel cuando se mueve entre ideas y hasta cuando se deja embriagar—en pocas ocasiones—por una gala retórica o por un virtuosismo gentil, nunca su altura es tanta, como cuando se hunde en la sangrante intimidad del hombre. De ahí que puedan mostrarse como lo mejor de su mano sus cartas, sus discursos y sus ensayos biográficos. En sus cartas la virtud artística y la maestría de su cultura tienen una presencia invisible, asistidora, mientras su alma heroica y tierna se vuelca, con gesto inigualado, en el interlocutor lejano. En la oratoria de Martí no hay reclamo artificioso, sino dación plena a una tarea que llama al labio el sonido de sus riquezas acumuladas y realengas. Cuando anota los momentos cruciales de un héroe ido, dice, con la fuerza de lo connatural, su propia vida ejemplar. «Se pintó sin querer, que es como las pinturas de sí propio salen buenas». Con párrafos tomados de sus mejores biografías podría constituirse la biografía mejor de Martí, esa biografía de las peripecias de su espíritu, sin fechas ni presunciones, que está esperando un realizador.

El tono de la prosa martiense—que es en esencia ansia de comunicación eficaz—llega a su mayor ímpetu y a su más clara definición en su discurso político. Parece cosa desatentada esta afirmación. ¿Cómo escritor de tantos recursos naturales y adquiridos, gustador tan hecho a los vinos exclusivos, apura sus potencias frente a una multitud ferviente, pero indocta? Es que tiene Martí en la tribuna, al alcance de su voz, la tierra ávida en que quiere sembrar su verdad. Esta presencia enardecedora, esta obra convirtiéndose en hecho, le hinchan la vena creadora. No puede, porque no está en su mano, rebajar la calidad egregia en el decir, ni nutrir menos el concepto grave. Sabe que el auditorio no cala hasta lo hondo su palabra difícil, pero intuye también que el tono salva el discurso y decide la comunicación cordial. Las excelencias de su prosa quedan como cuajadas de intento en su período tribunicio. El dinamismo que le sube de la entraña encendida da una marcha sobresaltada y ágil que roba pesantez al párrafo circunstanciado y largo. La imagen impensada y vívida no es un modo deliberado de iluminar el concepto, sino encaje natural de una soberana capacidad expresiva. La sintaxis muestra una arbitrariedad hecha, no de audacia rencorosa ni de ánimo de asustar al gramático cauteloso, sino del ímpetu alegre de la lengua que conoce sus senderos y los bordes sin perderlos de vista. El verbo es atrevido y mañero, augusto y candoroso, familiar y austero. El adjetivo, de justeza asombradora revitaliza y da ala nueva al nombre transitado. Las



sentencias se encadenan apresuradas, con apariencia desorientada, pero todas empujan por su lado el final grandioso. La prosa martiana es un raro espectáculo, un imprevisto caso de energía espiritual y una obra artística de temperatura, brillo y poder sorprendentes.

El poeta.—Las direcciones espirituales señaladas en Martí consignan ya su calidad lírica. Lírica es, en el sentido más alto, su prosa mejor. Y de lirismo más acendrado que su copiosa producción poética. Lo que no rebaja el valor grande de su poema. No falta en el verso de Martí, su fuerte aliento, su maestría verbal, su sensibilidad fina y honda. En momentos afortunados el poema resiste con victoria el contraste con lo mejor logrado en matriz americana, pero su desbordada ansiedad, su caudalosa facundia, su curiosidad de todas las rutas y su rebeldía del molde artificioso, hacen de su período unidad más cuajada y valor más permanentemente que su verso.

Como la prosa, el verso es para Martí vehículo de su amor civil. Los versos, dijo, no se han de hacer para decir que se está contento o se está triste, sino para ser útiles al mundo. Y su pasión de patria y humanidad, su condenación de los déspotas y los cobardes, encienden la estrofa. El amor de mujer, romántico y limpio, le dicta rimas galantes, dechados a veces de sutil discreteo. El amor de padre le llena un libro iluminado y trémulo que no encuentra par en nuestra lengua. La herida de la ingratitud, de la envidia, de la desconfianza—obligadas compañeras de su vida reden-

tora—sangra en unos poemas reconcentrados y difíciles, cruzados de desfiladeros palpitanes y coronados de alturas estéticas. Tanto como en su prosa y a veces en el detalle revelador y en la angustia íntima se le dibuja en los versos la trayectoria vital. Hombre sin recodos inconfesables deja en el poema la réplica de un lamento viril que es como el rescoldo de sus llamas de acción y un lloro que debe correr vías recónditas para que no se le humedezca la voz de mando.

En la obra lírica de Martí, se anotan con más nitidez que en sus ensayos y discursos la obediencia española, la huella de su época y la anticipación genial. En los *Versos Libres* el énfasis del endecasílabo, la gravedad de los asuntos y la sentenciosa austeridad lo retienen cerca de la oda tradicional. Herrera y Quintana están presentes. Presentes y asombrados de la abundancia y la erguidez que no conocieron y un poco adormecidos de la embriaguez declamatoria que no esperaban. En *Ismaelillo* la emoción tiene un cariñoso dejo criollo y el poema una adorable virginidad recién nacida. El hijo detiene junto a la cuna; en un día de luz, al padre trajinado e impaciente y le arranca un canto niño veteado de fuerte hombría enternecida. Es en los *Versos Sencillos* donde la virtud lírica adquiere el más firme vuelo, donde la manera personal rasga las corrientes formadoras, donde Martí gana más títulos de precursor del verso nuevo. La forma directa, limpia, traspasa aquí por su desnuda originalidad, los peligros de la trivialidad y el prosaísmo. El verso no

tiene más relieve que su propia esencia animadora; por ello, el modo impensado, arbitrario, parece natural y claro. El acento popular regala su movilidad y su gracia a la redondilla rápida. En el arranque de un poema queda un paisaje, en su final inesperado un miraje interno. El enfoque preciso, concretísimo, no mata el matiz delicado ni la insinuación de lo lejano. Los versos de una misma estrofa se dan la espalda en ademán españolísimo, como en Lope, y se adelantan robándose el terreno en una inquietud cinegráfica que anuncia en mucho el desdibujo de hoy. Las transiciones bruscas y cortantes en el tuétano mismo del asunto abren resquicios por donde se toca en su fina complejidad el alma del poeta. Jamás el octosílabo ha entregado a su amador riqueza más cierta que en estos Versos Sencillos. En ellos aprende y cristaliza un aliento lírico, digno del hombre que lo poseyó.

La voz americana.—Martí es amor de América y dolor de América. Tiene la luz cegadora de su trópico criollo, pero también la grandeza de la montaña, de la selva y del río del sur. Cuba es su deber político, pero su desvelo de padre salta de Río Bravo a la Patagonia. Ama a los indios «como a lirios rotos». A los negros, «por su bondad nativa». Quiere empujar con la entraña el instante de ebullición primeriza que viven sus tierras. Una virtud en el argentino, en el boliviano, en el caraqueño, le llena de fiesta. Muestra a Europa, con profunda ingenuidad, el triunfo del criollo. Pero quiere a su América triunfo del hombre. Del hombre de Europa, de Asia,



de Africa. Si la gran unidad futura—preocupación central en Martí como en todos los batalladores sin ambición—ha de venir por un superior entendimiento de los amadores del hombre, y en ese concierto han de estar las voces que no callan más la voz del Libertador de Cuba ha de dar su fuerza—su tono—al gran día que quiso. Para lograrlo en lo venidero vistió su voz de arte soberano. Por el artista será mañana, triunfará mañana, el hombre José Martí.

